

...LO QUE EL VIENTO A JUÁREZ

Ricardo León García

En Ciudad Juárez parece que la Semana Santa se retrasó. Ya no sé si en el Vaticano se les pasó la mano al decretar las fechas o es cierto eso del calentamiento global y los dramáticos cambios en el clima del planeta Tierra. De lo que sí estoy seguro es que las temporadas de terregales, tolvaneras, ventarrones, aironazos, o como les queramos llamar, son cada vez más prolongadas. Nuestras abuelas decían “febrero loco y marzo otro poco” y agárrate porque comienzan los aironazos. Pero en Ciudad Juárez el viento corre como Juan por su casa desde enero hasta marzo, abril, mayo, septiembre... Si los polos se derriten, si los clorofluorocarbonos están destruyendo la capa de ozono, si los humos de los vehículos se adhieren a nuestros alvéolos pulmonares o si la composición de la tierra que respiramos en condiciones desérticas trae un agregado en sus componentes del que más valdría no enterarnos, todo es parte de la brusquedad con la que el comportamiento climático se ha ido modificando, haciendo más enfáticas las características de lo que siempre ha sucedido por estos lares.

Déjeme explicarle. Resulta que a lo largo de los siglos de ocupación cristiana de estas tierras los terregales son cosa de cada inicio de año, más o menos entre enero y abril. De esto no tienen culpa los conquistadores europeos, el gobierno federal, ni los laguneros, ni los gringos, ni nuestros pecados, ni el uso del DDT, ni usted, ni yo. Vivir a orillas del río Bravo o río Grande y al norte de Samalayuca, en uno de los puntos del gran Desierto Chihuahuense, no significa otra cosa que acostumbrarse a las temporadas de viento, de sequía (la sed de la tierra), de lluvias torrenciales que como llegan se van. Así como en otras latitudes han tenido que acostumbrarse a la humedad, a los ciclones o a los temblores de tierra.

En Juárez y sus alrededores —El Paso Texas incluido—, las ventiscas se convierten en tormentas de arena, ojos sudorosos rodeados de fina arena (o lo que sea) pegada a la piel por las lágrimas que no dejan de correr, ropa terregosa, todo cubierto por esa fina capa de partículas que llegan por dondequiera y atraviesan cuanta barrera se nos ocurra imponerles. En cualquier aparato, por muy pulcros que seamos, encontraremos acumulación de desierto en su interior. Las alfombras son repositorios de dunas, al igual que nuestros zapatos o cualquier cajón de este o aquel mueble. La arena trae a nosotros polen, semillas y algunos otros componentes de ingrata naturaleza. Nos abraza violenta y tierna, nos envuelve hasta recordarnos que no nos dejará nunca, nos jura amor eterno y si de repente creemos que se ha ido, vuelve para evitar que nos olvidemos de ella... polvo somos y en polvo nos convertiremos.

Nuestras relaciones dentro de este ambiente además de los ventarrones, incluyen los prolongados y derretidores veranos y los cada vez menos fríos inviernos, más secos, con las



esporádicas nieves que todo juarense maduro añora. Eso sí, el azul del cielo y la claridad de la noche es envidia de quienes se atreven a voltear hacia arriba y no solamente para olvidarse de lo que sucede sobre la superficie de la ciudad. Máquinas de aire lavado y refrigeración a todo lo que dan. En la calle, en el transporte público, en los lugares cerrados, la conjunción de humores y sudores veraniegos es característica de una sociedad acostumbrada a extremos altibajos de la temperatura. Los calores hacen hervir el pavimento, provocan que el agua entubada salga caliente a cualquier hora del día o de la noche y que los juarenses de todas las clases sociales se aficionen a la cerveza helada. Si bien es cierto que a los fuefeños les afecta el frío de nuestro desierto, a los inviernos ya no los hacen como antes, aunque los calentones consuman miles de metros cúbicos de gas LP y natural. Cada vez son menos las tuberías de gas o de agua que se revientan, pocos son los automovilistas que recuerdan cómo colocar cadenas a las llantas para circular sobre la nieve, a los puentes ya no es necesario darles su tratamiento de sal para evitar los derrapes y los juarenses contribuyen con el mejoramiento de las ventas de la industria tequilera nacional.

Y sin embargo... el paisaje de Ciudad Juárez, aun con los vientos, con el calor o con el frío, no tiene comparación con otros lugares. Algunos forasteros dicen que es una ciudad con muy pocos árboles, pero día a día las manchas verdes producidas por el follaje son más evidentes y aparecen por todos los rumbos de la urbe. Cada vez hay más árboles y no sólo por acciones gubernamentales, sino también por la participación cotidiana de muchos habitantes de la ciudad, que tratan de embellecerla y hacerla más humana, más respirable, como si se tratara de una guerra contra el paisaje árido, plano y baldío, apenas desafiado por cientos de horripilantes anuncios llamados “espectaculares” que, en efecto, nos brindan un espectáculo sin precedente por su ridiculez, desproporción, vacuidad y criminal fragilidad en temporada de aironazos. Pero si usted se asoma hacia el poniente a la hora del ocaso, tendrá uno de los espectáculos más maravillosos para habitantes y visitantes: la puesta del sol tras las montañas de la Sierra de Juárez, una vista multicolor difícilmente encontrada en otras latitudes del país y del planeta mismo. Con viento o sin él, Ciudad Juárez tiene lo suyo. ☒

Ricardo León García. Mexicano, antropólogo social por la Escuela Nacional de Antropología e Historia e historiador por la Universidad de Nuevo México y la Universidad de Texas en El Paso, EUA. Es investigador y docente en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, habiendo trabajado temas que van de la historia colonial de la sierra de Chihuahua hasta la formación de grupos empresariales en la frontera mexicana con el occidente de Texas. En los últimos siete años le ha dado por ponerse a escribir crónicas como ésta, y prepara para la Editorial Almuzara una guía-diccionario para intentar comprender a Ciudad Juárez y sus habitantes.